

## CARTA

AL RECTOR DEL COLEGIO DE SAN BARTOLOME

Bogotá, 8 de agosto de 1919

Reverendo Padre Rector del Colegio de San Bartolomé.—E. S. D.

Muy Reverendo Padre y respetado amigo:

He recibido la fina invitación de V. R. a la sesión que celebrará el Colegio Nacional de San Bartolomé para festejar el centenario de la batalla de Boyacá, el diez de los corrientes. Agradezco como se debe tan honroso convite, pero tengo la pena de excusarme de concurrir, por haber aceptado de antemano el que me hizo, para la misma noche, la Academia Nacional de Historia, a la cual me cabe la honra de pertenecer, como individuo honorario.

Nada habría sido tan grato para mí como asistir a la celebración de Boyacá en el legendario claustro de San Bartolomé que fue, junto con el de Nuestra Señora del Rosario, genitor de la República, cuna de héroes, semillero de sabios. Y vuestro egregio Instituto fue en cierto modo padre del mío; porque don Cristóbal de Araque Ponce de León, primero de mis predecesores en el rectorado, se educó en vuestro Colegio, y está retratado con entrambas becas: la encarnada de los bartolinos y la blanca de los rosaristas. La primera lleva, al lado izquierdo, el del corazón, la insignia *Jesus hominum Salvator*, que fue la de San Ignacio de Loyola; la segunda, la cruz de Calatrava, que fue la de la familia de Santo Domingo de Guzmán. Ambas son españolas. La mía recuerda el triunfo sobre la infidelidad de Mahoma; la vuestra, la victoria sobre la herejía de Lutero.

Ambos colegios, adelantándose a su época, con Santo Tomás y con Suárez el Eximio, enseñaron a sus

discípulos que la razón humana es participación del entendimiento divino; que la ley es ordenación de la razón, no del interés, no del capricho; que el derecho de gobernar, que nace de Dios como de fuente suprema, tiene el querer del pueblo como origen inmediato. Y aun los tomistas nos quedamos atrás; porque Suárez concede a la multitud mayor papel que el Angélico Doctor.

Aquellas viejas semillas, dominicanas y jesuíticas, prendieron y germinaron en el suelo virgen y fecundo americano. ¡Qué bien presidió la fiesta de mi Claustro la estatua de Fray Cristóbal de Torres; qué bien presidirá la vuestra la imagen de don Bartolomé Lobo Guerrero!

Si de aquí salió Girardot, allá nació Ricaurte; nosotros tenemos a Caldas y Torres; vosotros a Frutos Joaquín Gutiérrez y a Valenzuela; aquí Cabal, allá García Rovira; mi beca es la de Caycedo, la vuestra, la de Gómez Plata.

Mas hoy no conmemoramos la independencia entera, sino el centenario de Boyacá. Allí no le tocó papel en primera línea a ningún rosarista; vosotros tenéis al general Francisco de Paula Santander.

Educado en vuestro Colegio, bebió en él la fe y la piedad cristianas: humanista y jurisconsulto, parecía más apto para el bufete que para la guerra. Pero los hombres superiores escapan a las reglas generales. César fue el mayor de los capitanes de la antigüedad y el más puro, correcto y castizo de los escritores latinos. Santander mudó el bufete por el campamento, la pluma por la espada. En el Llano formó su ejército, cuando Bolívar había perdido los suyos, se lo ofreció al Libertador y se puso a sus órdenes. Fue el Leonidas de las Termópilas de Pava, y en Boyacá, según frase de Soublette, «pasó el puente y completó la victoria.»

El Libertador, que tenía a sus órdenes una legión

de colosos, designó a Santander para vicepresidente de Colombia. Era preciso pasar de la colonia al régimen independiente: de la monarquía absoluta a la República, y verificar ese tránsito sin choques ni contiendas, sin lastimar derechos adquiridos: y esa fue la obra del general Santander. Al mismo tiempo, él organizó y envió a Bolívar los contingentes que ayudaron a los triunfos de Carabobo, Pichincha y Ayacucho.

Muerto el Libertador, disuelta Colombia, Santander fue el primer presidente de Nueva Granada. Se formulan contra él graves cargos en nombre de la República y de la Iglesia. Yo no soy historia, para calificar sus hechos: no soy Dios, para juzgar sus intenciones. Pero soy sacerdote, acostumbrado a la indulgencia y el perdón. Y sé que Santander fue de los primeros en inscribirse a la confraternidad de Nuestra Señora de las Mercedes y en llevar su santo escapulario: que profesó antes de morir, en la tercera orden de San Francisco; que recibió los últimos sacramentos con piedad edificante y expiró auxiliado por el egregio Arzobispo Manuel José Mosquera.

Los Colegios de San Bartolomé y el Rosario, juntos hoy para festejar el centenario de Boyacá, han de seguir unidos, como hasta ahora, en el amor de Cristo y de su Iglesia, en la devoción a la Virgen María, en el cultivo de letras y de ciencias y en el servicio de la Patria colombiana.

Soy de V. R. obediente servidor y amigo afectísimo,

R. M. CARRASQUILLA